

GARCÍA GALÁN, Sonia: *Mujeres entre la casa y la calle. Educación, feminismos y participación política en Asturias, 1900-1931*. Oviedo, Trabe 2016, 394 pp.

El libro que aquí reseño es resultado de la adaptación de una parte la tesis doctoral de la autora que, bajo el título *Entre la casa y la calle. Cambios socio-culturales en la situación de las mujeres en Asturias (1900-1931)*, fue defendida en la Universidad de Oviedo el 14 de junio de 2013. En principio, podríamos catalogar esta monografía dentro de una historia social fuertemente impregnada de un pensamiento feminista que, poco a poco, va calando dentro del ámbito universitario español. Sin embargo, estas reflexiones sociales *tamizadas* por la categoría de género, más que ceñirse a resaltar las significativas diferencias entre hombres y mujeres reivindicando lo femenino, tratan de encontrar un “equilibrio explicativo” que nos permita entender cómo eran vistos múltiples aspectos relacionados con el proceso de emancipación femenina en la Asturias del primer tercio del siglo XX.

En la Introducción, en la que se aclaran tanto los presupuestos metodológicos de los que parte la investigación como las principales fuentes de las que su autora se ha servido para realizarla, se enuncia el objetivo principal del estudio, que no es otro que el de “valorar en qué medida los avances conquistados en la Segunda República fueron el reflejo de unas dinámicas que se venían desarrollando con anterioridad” (pp. 8-9).

En el primer capítulo, titulado “Mujeres en Asturias en torno al cambio de siglo”, se parte de un famoso discurso pronunciado por Belén Sárraga en 1899 en Gijón para constatar que la situación general de las mujeres dentro de la sociedad estaba cambiando; pese a todo, se prueba aquí que el número de féminas que por entonces accedían a niveles superiores de enseñanza continuaba siendo cuantitativamente irrelevante en comparación al de los varones. Será éste, como veremos, uno de los principales “campos de batalla” del feminismo español.

El siguiente gran bloque de contenidos, que lleva por título “La mujer burguesa: el ángel del hogar y sus rupturas”, da cuenta de uno de los principales paradigmas del momento a los que hubo de someterse la mujer acomodada: el que defendía que su realización absoluta como ser humano pasaba por dedicarse en exclusiva a la crianza de sus hijos y a mantener la casa como un idílico “lugar de reposo” en el cual su marido pudiera refugiarse de las preocupaciones que le atenazaban durante su vida laboral. Los medios higienistas del momento, preocupados por hacer de las tareas domésticas la “contribución femenina al progreso nacional” (p. 54), elaboraron folletos que enseñaban a las amas de casa los métodos científicos más adecuados para llevar a cabo las labores del

hogar. A través del análisis de la prensa de la época, sobre todo del diario *El Noroeste*, la autora va mostrando cómo Asturias, si bien con algo de retraso respecto a las capitales de las distintas naciones, no fue para nada ajena a esta dinámica de cambios, si bien las mujeres que en ella adoptaron un estilo de vida “moderno” fueron pocas numéricamente hablando.

A continuación, se afirma el papel de la Primera Guerra Mundial —junto a la propia modernización de la estructura socioeconómica de la región y el empuje del feminismo internacional— en el proceso emancipatorio femenino. Frente al “ángel del hogar”, va a nacer un nuevo arquetipo femenino, el de la “mujer moderna”, que se va a caracterizar por su acceso a nuevos trabajos fuera de casa —secretarias, mecanógrafas—, por hacer gala de una nueva vestimenta —faldas más cortas, abandono del corsé—, y por mantener unas actitudes más desinhibidas en sus comportamientos sociales, sobre todo a la hora de relacionarse con varones. Paralelamente, las mujeres comienzan a practicar ciertos deportes y a llevar una vida activa y exterior, lo que les hace adquirir un color tostado que comienza a estar de moda. Sin embargo, la difusión de este nuevo modelo de mujer también trajo consigo un incremento en el número de fumadoras asturianas (algunas mujeres de ámbitos rurales ya habían adoptado este hábito con anterioridad, como da cuenta la autora durante el libro), de las “excesivamente” delgadas y de aquellas féminas que en definitiva, según algunos de sus contemporáneos lo que buscaban era, simplemente, imitar comportamientos “propios de hombres”. Una vez pasado el trauma de la Gran Guerra se asiste, debido al recelo de unos grupos conservadores deseosos de volver a un estado de cosas anterior, a una reformulación del discurso de género que dificultará, sin paralizarlo del todo, el avance hacia una mayor igualdad.

El tercer capítulo, “La educación femenina”, analiza la progresiva mejora en el acceso de las mujeres a los distintos niveles educativos; ninguna tasa indica mejor el progreso en este ámbito que la del analfabetismo: entre 1900 y 1931, las mujeres que en Asturias no sabían leer ni escribir se redujeron a la mitad, dato espectacular que situaba a la región a la cabeza de la nación en cuanto a alfabetización se refiere. Con todo, fueron endémicas en este periodo tanto la escasez de escuelas como su mala dotación. Además, en muchas ocasiones la educación no pasaba de unas nociones elementales de lectura, escritura y cálculo. La fundación de la Escuela Normal Femenina de Oviedo, dedicada a formar maestras, constituye un auténtico hito para la educación femenina, pero también resulta muy indicativa de los límites de la misma. Para la sociedad de la época, las mujeres tan sólo podían ganarse *honrosamente* la vida como maestras en tanto en cuanto se consideraba que esta profesión no constituía sino una prolongación de sus naturales cualidades maternales. A partir de la década de los años veinte se comenzaron a ofrecer las primeras titulaciones de enfermería; en este sentido, la Escuela de Puericultura de Gijón se erigió en un modelo a imitar en el conjunto del país.

Mucho más limitado resultaría el acceso de las mujeres al Bachillerato y a la Universidad. Los datos proporcionados por la autora resultan demoledores, pero son indicativos de un cierto avance: si en el curso académico 1919-1920 tan sólo había cuatro mujeres matriculadas en la Universidad de Oviedo, en 1930-1931 el número ya se incrementaba a treinta y dos. En todo este proceso destacan dos personalidades: la de M.^a Luisa Castellanos, que con su estilo de vida contribuyó a fomentar unas nuevas relaciones de género más libres y que “contrastaban con las rígidas convenciones sociales que debían seguir las jóvenes burguesas” del momento (p. 112), y la de Carolina Alonso, primera médica asturiana tras licenciarse en 1926.

Individuos afines al krausismo, como Fermín Canella, formaron a finales del siglo XIX el llamado “Grupo de Oviedo”, cuyo objetivo, mejorar la instrucción femenina mediante la creación de centros donde se formara a las mujeres para desempeñar “honrosas ocupaciones”, no se pudo llevar a la práctica debido a una falta de financiación que fue suplida, en parte, por la iniciativa de algunas mujeres de la región que promovieron, por ejemplo, la creación de la Escuela de Adultas y Profesional de la Mujer en Oviedo en 1899; más incisivos pretendían ser los creadores de un Ateneo Femenino (1907) en el cual se defendía que tanto niñas como niños debían recibir la misma educación. Esta institución, que fracasó en la creación de una Escuela Profesional Femenina que estaría destinada a formar institutrices y cocineras y de una Casa Educativa para Niñas fomentó, por el contrario, la realización de disertaciones semanales y clases diarias de corte y confección. Uno de los principales avances lo constituyó sin ninguna duda la organización, en 1927, de una biblioteca para mujeres dentro del Ateneo Obrero de Gijón. Con todo, y siguiendo a la autora, hay que admitir que no nos encontramos ante un llamamiento directo e igualitario hacia las mujeres, sino ante “una admisión parcial [de las mismas] en calidad de esposas o hijas de socios” (p. 134).

Paralelamente, los medios católicos comenzaron a organizarse. Si desde 1869 la Real Asociación Católica de Señoras patrocinaba Escuelas Dominicales en Oviedo, a partir de 1919 irrumpió una Acción Católica de la Mujer que, integrada por mujeres burguesas y de clases medias y dirigida por la Iglesia, pretendía colmar buena parte de las aspiraciones feministas pero sin modificar, en lo esencial, la estructura social. Esta asociación buscó acercar la educación tanto a las obreras como a aquellas mujeres interesadas en convertirse en “buenas amas de casa”.

En el siguiente epígrafe, “Feminismos, feministas y participación política” se analiza, por extenso, la posición de las mujeres dentro de las distintas opciones ideológicas del momento.

Dentro del republicanismo había una gran escisión respecto a la “cuestión feminista”. Existían dos posturas generales: la que tendía al igualitarismo y la que optaba por un feminismo más “social o relacional”. Si como exponente

de esta última manera de entender al feminismo tenemos a un Antonio Zozaya que defendía que las mujeres debían ser, ante todo, madres, como máximo representante (masculino) de la tendencia más igualitaria tenemos a Roberto Castrovido, firme defensor de la universalización del derecho al sufragio. Sin embargo, esta reivindicación tardaría en cuajar debido a que la mayor parte de los progresistas españoles asociaban la concesión del voto femenino a un posible repunte electoral de las alternativas conservadoras. En consecuencia, y ante el conocimiento de que, tarde o temprano, las mujeres alcanzarían el voto, estos grupos dedicaron buena parte de sus actividades en formarlas para que llegaran a ser “buenas ciudadanas”. Destacó, sin lugar a dudas, la revista *Cultura e Higiene* y la sociedad gijonesa del mismo nombre que, desde 1914 incluyó, entre sus páginas, una Sección titulada “Vida femenina”. Esta Asociación, por medio de sus delegaciones en El Natahoyo y en Ceares (Gijón) llevó a cabo una interesante labor de cara a promover la participación de las mujeres en la vida pública; la de El Natahoyo, incluso, llegó a organizar una escuela nocturna mixta.

Algunos republicanos convencidos, en su afán por separarse de la religión, comenzaron a no bautizar a sus hijos o a casarse por lo civil. Particularmente relevante fue el entierro *civil* de Rosario de Acuña. Este acontecimiento, junto a la celebración de la proclamación de la Primera República cada 11 de febrero, aglutinó a la mayoría de los medios republicanos en torno a sus afanes reformistas. Las elecciones de Gijón de mayo de 1909 fueron muy importantes en este proceso, pues dieron la victoria a una conjunción de republicanos y socialistas que empezaron a organizar jiras campestres en las cuales las mujeres jugaban un papel relevante no solo ya como portadoras de banderas, sino como oradoras.

Centrada ahora en el anarquismo, la autora demuestra que la cuestión femenina nunca fue fundamental para los grupos ácratas asturianos. La postura mayoritaria, encarnada por Federica Montseny, estimaba que no era necesaria una intervención directa sobre el tema, ya que el mismo se arreglaría por sí mismo una vez que se hubiera destruido al Estado como institución opresora. Sin embargo, su noción de “maternidad consciente” sí tendría calado entre unas mujeres que buscaban, desesperadamente, limitar su descendencia y controlar su sexualidad. Pero la mayor parte de los anarquistas seguían viendo a sus mujeres como meras gestoras del hogar cuya principal aportación se ejercía mediante su papel reproductivo.

Los socialistas, en esencia, compartían estos mismos postulados. Desde inicios del siglo xx comenzaron a fundarse, a imitación de la Agrupación Femenina Socialista Madrileña, agrupaciones en localidades como Mieres, Gijón, Turón y Langreo. Pero será Oviedo el núcleo que cuente con mayor número de afiliadas. Con el tiempo, al igual dijimos respecto a los republicanos, muchos socialistas tomaron conciencia de la necesidad de “educar políticamente” a las mujeres para que pudieran ejercer su derecho al voto de una manera consciente. Sin

embargo, y pese a que la sensibilidad feminista va ganando terreno dentro del PSOE, el número de afiliadas a la altura de 1931 solo constituía el 4% del total.

A renglón seguido se afirma que el comunismo, a diferencia de las dos ideologías anteriores, sí propuso una ruptura de los *roles* de género al promover la absoluta igualdad jurídica y política entre los sexos, así como una equiparación de los salarios. Pese a ello, ni Lenin ni prácticamente ningún dirigente comunista dio prioridad alguna a las reivindicaciones feministas; como ejemplo de ello, vemos a una Dolores de Ibárruri que, pese a sus demandas para lograr una igualdad total entre hombres y mujeres, acabó aceptando la postergación de sus intereses de género en función de los de clase. En el ámbito asturiano destacan una Virginia González que, desde su puesto como secretaria femenina del Comité Central del PCE, llegó a mantener correspondencia con importantes personalidades del comunismo internacional, y un Grupo Femenino de Turón que fue el primero de estas características en Asturias.

Para finalizar con este capítulo, la autora centra su atención en la política feminista llevada a cabo por las mujeres católicas conservadoras. Tras repasar los comienzos del catolicismo social en Asturias, se analiza el cambio de orientación que, acaecido en la segunda década del siglo xx, llevó a la búsqueda de unas mejores condiciones de vida para las obreras. Como se nos recuerda en el texto, la verdadera razón de ser de esta nueva política no tiene tanto que ver con una promoción de los derechos de las mujeres como en consideraciones de índole social y de orden público; en efecto, lo que los medios conservadores y católicos buscaban era alejar a las mujeres de la “perniciosa” influencia de los medios obreristas.

Con la fundación de Acción Católica de la Mujer, en 1919 y la creación de una Junta Provincial en Asturias se fomentó en la región “un nuevo modelo de mujer burguesa, católica, instruida y activa” (p. 307). No obstante, el estudio de las actividades llevadas a cabo por dicha asociación lleva a la autora a afirmar que no nos encontramos ante una institución verdaderamente feminista.

La obra termina con unas conclusiones que, con el título de “Balance de los cambios en los comienzos de la Segunda República”, sintetizan el contenido del libro haciendo hincapié en los aspectos más relevantes, y ofreciéndonos una visión de conjunto sobre las evoluciones y rupturas de los que se ha ido dando cuenta.

Por todo lo dicho, nos encontramos ante una obra de gran utilidad, y más teniendo en cuenta que, a partir de lo que aparentemente es solo un caso regional, lo que se está ofreciendo en realidad es un modelo explicativo que da testimonio del progresivo nivel de movilización femenina alcanzado en el periodo analizado (1900-1931) en la totalidad de España. Si unimos lo apenas dicho al exhaustivo uso, por parte de la autora, de fuentes contemporáneas e historiográficas, y tenemos en consideración la madurez de una metodología histórica que ve, a su vez, expresados sus resultados de una manera clara y didáctica, podremos

comprender la valía de un libro que abre nuevas perspectivas y cuya principal virtud consiste en resituar el importante papel jugado por mujeres y hombres asturianos dentro de las primeras fases de la emancipación femenina en España.

Borja Méndez
Universidad de Oviedo
uo196561@uniovi.es

MAYORAL, Diego (coord.): *Mujeres de cine. Ecos de Hollywood en España, 1934-1936*. Madrid, AECID, 2015, 269 pp.

Presentado en Madrid y editado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), el libro *Mujeres de cine. Ecos de Hollywood en España, 1934-1936* analiza el impacto que tuvieron esas mujeres “atrevidas” y “liberadas” de la industria del cine norteamericano en el público español, poniendo de manifiesto el intercambio cultural que se llevó a cabo como factor de avance social para las mujeres españolas de esos años.

El libro se constituye como un texto base para los historiadores y amantes del arte pero también para todo aquel que desee adentrarse en la historia de España, en la evolución de la sociedad y de la mujer, a través de la influencia del séptimo arte y de sus protagonistas.

La obra, de partida, posee en sí misma una historia cinematográfica que parte del hallazgo en Granada de una caja de hojalata que comprendía una colección de más de 300 fotogramas, todos ellos primeros planos de actrices de Hollywood del cine mudo clasificados por sus nombres y cuyo dueño, José Romero Sampedro, un niño apasionado del séptimo arte, comenzó a coleccionar desde los años 20 a raíz de sus continuas incursiones al Cine Olimpia de Granada, en donde su primo trabajaba como proyccionista y quien le regalaba el material.

Estos fotogramas son las ilustraciones que acompañan las 269 páginas que componen la presente obra colectiva a las que se le suma la aportación de imágenes de los archivos del Museo ABC, el Archivo General de la Administración y la colección Enrique Alegrete entre otras, las cuales constituyen un valioso patrimonio documental que permiten a sus autores llevar de la mano al lector a hacer un recorrido cronológico por la historia de España y del cine norteamericano, como modelo y referente para la mujer española.

La obra inicia con el prólogo de la cineasta Isabel Coixet para dar paso a seis capítulos que contextualizan los aspectos políticos, sociales y económicos del cine y la mujer en su dimensión nacional e internacional, seguido de un catálogo de 51 biografías de las actrices más representativas del cine de esa época, para finalizar con una cronología que resume los tres ejes en los que